

INTRODUCCIÓN

El siglo II es una época en la que todavía el Imperio Romano fue brillante, hasta que la muerte de Marco Aurelio (180) señala en cierto modo el fin de la Antigüedad. Si en el siglo III abundan los testimonios cristianos y hay grandes escritores, todavía en el s. II carecía de estos elementos, en una época ya posterior a la muerte de los Apóstoles. La Iglesia se había extendido por el mundo mediterráneo aprovechando la *pax romana*. Sus miembros vivían en medio de la sociedad, pero en una situación en la que se mezclaba participación y simpatía con la soledad y el enfrentamiento.

EL ENTORNO

La primera etapa de la expansión cristiana fue Jerusalén-Roma. La persecución de Nerón (64-67) indica que se le sentía ya como una amenaza, como enseña Tácito. La primera iglesia de Roma era de lengua griega, que era la que hablaban sus primeros miembros, seguidos por los romanos y los africanos. A fines del siglo I, la Iglesia toma un segundo impulso y penetra hacia el interior en Siria y Asia Menor como testimonia la carta de Plinio a Trajano (año 112), en la que se define por primera vez la situación jurídica de los cristianos. En esa época el centro de difusión del cristianismo en Asia fue Antioquía, con fieles de origen pagano y de donde saldrá san Ignacio. La costa oriental del Mediterráneo estaba estructurada en iglesias que giraban alrededor de Éfeso y Esmirna. Seguramente comerciantes de esta zona llevaron el Evangelio a Lyon. También en esta zona surge el montanismo.

Con Marco Aurelio (161-180) la Iglesia se despliega: se abre en abanico desde Germania a Mesopotamia. Llega hasta las fronteras del Imperio y las supera. La expansión se extiende principalmente a la costa africana del Mediterráneo, con los focos de Alejandría, donde es posible que los primeros cristianos fueran de origen judío, y donde el Cristianismo adquiere un tono intelectual y desde donde se extiende la fe por el valle del Nilo en el siglo II y Cartago, de donde saldrá Tertuliano; el primer documento conservado de la Iglesia en África, que es también el primer escrito en latín, narra el martirio de los cristianos escilitanos (año 180). En la Galia Lyon es un foco importante, en la que en el 177 se desata una fuerte persecución. En Asia oriental destaca Edesa, donde desde el siglo III se venera el sepulcro del apóstol Tomás, y donde Abgar IX (179-214) puede ser el primer rey cristiano. De Mesopotamia son también dos autores cristianos, Taciano y Bardesán.

La paz romana, de la que también se orgullecieron los cristianos, favoreció la organización social y el auge económico, como también los intercambios culturales y religiosos. La red viaria trazada para el desplazamiento de las legiones favoreció el intercambio comercial, lo mismo que el Mediterráneo. Los viajeros eran comerciantes, estudiantes, artistas, peregrinos...

Los cristianos también viajan en peregrinación a Palestina ya en el siglo II, pero también para conocer los fundamentos de la fe, en especial Roma que atrae a santos y a herejes... Todos atendidos en hostelerías y atendidos en virtud de la hospitalidad, cuyo peso recae sobre toda la comunidad, en especial obispos diáconos y viudas, existiendo una caja común para los gastos ya desde el s. II, siendo los huéspedes acogidos dos o tres días, después de los cuales se tenían que poner a trabajar. Su acogida está regulada en la Didajé (h. 150), que distingue entre profetas itinerantes, cuya ortodoxia tenía que estar garantizada, y los huéspedes de paso. Los más dignos de confianza son los que llevaban cartas de recomendación, y es que las cartas servían de unión entre las diversas comunidades, ya sean mediante cartas canónicas, homilías, actas y pasiones de mártires... que permitieron a Roma informar, estar informada y ejercer de moderador y que especialmente servían para fortalecer la fe en tiempos de dificultad.

Los paganos se burlaban porque las comunidades cristianas se reclutaban principalmente entre la gente humilde, aunque desde su origen la Iglesia convierte a personas acomodadas. En Roma los primeros en convertirse fueron extranjeros y gente modesta, pero desde el s. II también se hace presente en la corte imperial, donde su presencia era notoria en la época de Septimio Severo. En tiempos de Marco Aurelio, el Evangelio gana adeptos en la aristocracia y en el reinado de Cómodo los romanos más distinguidos por su nacimiento y riquezas se unen a la comunidad cristiana. San Justino es el primer filósofo cristiano conocido: otorga el derecho de ciudadanía al pensamiento cristiano y a los convertidos, el derecho de pensar.

La generosidad de la comunidad cristiana es proverbial y se dirige en primer lugar a pobres y viudas. Los cristianos forman grupos nacionales y hablan griego, lengua de la liturgia hasta el siglo III. En Lyon había extranjeros de Asia e indígenas de diversa clase, abundando miembros de la burguesía y mujeres. Cartago era una comunidad muy variada, en la que los ricos eran tan numerosos como para abastecer con regularidad la caja común para asistir a los pobres y perseguidos.

En Grecia, el trabajo manual era despreciado, a diferencia del mundo judío. En esta línea la Iglesia rehabilita el trabajo y la condición del obrero: trabajar para vivir es el ideal cristiano. La conversión no cambia el traje, pero sí el espíritu con que se hace. Son numerosos los que ejercen oficios de poca categoría, y también hay médicos y juristas. El comercio es admitido sin reticencias, aunque los cristianos, por limitar el margen de beneficios a lo que hacía falta para la vida cotidiana, fueron acusados de improductivos y de no prosperar lo suficiente. Comerciar con dinero era una tentación fácil. El servicio al Estado no planteó problemas de conciencia en el s. II.

La lealtad al Imperio no ofrece reservas y el ejército es admirado, siendo numerosos los legionarios en época de Marco Aurelio. También hubo filósofos y juristas, que plantean el problema de la cultura y del estudio de la fe y de la filosofía. Desde el s. III hubo ciertas reservas hacia maestros y gramáticos que enseñaban letras profanas. Oficios desaconsejados eran los que tenían que ver con la astrología y la magia, los relacionados con el circo y el teatro. La moral excluía el mundo de la prostitución, y la fe los oficios relacionados con los cultos paganos.

Las mujeres jugaron un papel activo en las comunidades cristianas y contribuyeron mucho a su expansión. El Evangelio enseñaba la igualdad de hombre y mujer, la grandeza de la virginidad, la dignidad e indisolubilidad del matrimonio. La rehabilitación de la mujer se realiza lentamente. Al mismo tiempo se exige el respeto a la vida, frente al aborto y la exposición de niños. La experiencia explica la reticencia hacia los matrimonios mixtos entre un pagano y una cristiana. San Calixto autorizó el matrimonio, prohibido por el derecho romano, entre una noble y un villano o un esclavo. Las viudas son tomadas a cargo de la caja común.

LA PRESENCIA EN EL MUNDO

La rápida expansión del cristianismo sorprendió a los paganos y fue un hecho que se debe más a la vida- a su juventud- que a una estrategia. Después de la muerte de los apóstoles, la Iglesia se separa de la sinagoga, que había favorecido una primera expansión. Durante el s. I se aprovechó la organización de las juderías dispersas por el mundo. Entre los judeocristianos hubo una primera generación de misioneros, apóstoles y doctores itinerantes. En esta época el Estado romano no distinguía con nitidez a los cristianos de los judíos, pero esta confusión desaparece en el s. II, por el Estado y por parte de los cristianos, que afirman su independencia, aunque sigue el diálogo con ellos (ej. el *Diálogo con el judío Trifón*, de San Justino).

La difusión cristiana es posible gracias a la facilidad de comunicaciones y la cohesión del mundo romano, con un alengua común, el griego. Desaparecido el impulso de los apóstoles, la actividad misionera, sin mandato particular, brotó del propio dinamismo de la fe bautismal. Lo que prima es la labor individual, con los amigos, compañeros de trabajo y, en especial, la propia familia. Los amos cristianos evangelizan a sus sirvientes y esclavos o al revés. Las mujeres juegan un papel fundamental, dando origen en Oriente a las diaconisas. Otro medio es el ejército, quizá atraído por las virtudes cristianas que recordaban la obediencia, la disciplina y el desprecio militar a la muerte. El compartir la vida diaria prepara las conversiones. En tiempos de los Antoninos, junto al optimismo inicial le suceden los apologistas, como Justino y Taciano, que abren sus escuelas.

Las conversiones no se deben a un factor único. Cabe destacar el mensaje evangélico en sí mismo, la fraternidad y el testimonio de la santidad llevada hasta el martirio. El cristianismo aparece como religión del Libro y la afirmación de una fe frente al escepticismo pagano. La venida de Cristo pone a los hombres en contacto con Dios y les ayuda a ir por el buen camino. La fe acerca a Dios, es una sabiduría de vida y una fuerza del Espíritu que ilumina, sostiene y conduce. La resurrección de Cristo ofrece una respuesta a la angustia de la muerte y la vida del más allá. La dignidad e integridad de la vida cristiana provocó numerosas adhesiones. Pero lo que más impresionó fue la firmeza y el heroísmo de los mártires. El Evangelio colmaba el hambre espiritual de una época deprimida; daba salvación, esperanza y un remanso de paz en la conciencia de la dignidad personal.

La imagen de la Iglesia encerrada en las catacumbas es irreal. Su presencia se imponía. Su universalismo choca con el paganismo oficial y el escepticismo filosófico. Los cristianos se integraban en el ambiente. Al principio se benefician de los beneficios concedidos a los judíos, pero luego se encuentran cara a cara con el Estado. Su monoteísmo les hace un fenómeno perturbador. Las dificultades comenzaban en el hogar, imbuido de ritos y cultos paganos, y seguía en la escuela con una enseñanza de autores paganos que remiten a la mitología, y proseguía con la presencia de las divinidades en calles y plazas. Las fiestas estaban sembradas de ritos, ceremonias y espectáculos (teatro, circo, gladiadores...). Lo más gravoso era el culto imperial.

Los cristianos se sentían vigilados. Bastaba esta condición para ser perseguido. Muchas veces intervenían motivos pasionales y políticos. Trajano sentó jurisprudencia en su carta a Plinio: no había que buscarlos, pero si castigarlos si eran denunciados y confesaban; rechaza las denuncias anónimas y niega al iniciativa a la autoridad en su búsqueda o persecución, que debe intervenir sólo si hay denuncia en regla. Los cristianos eran acusados de conspirar contra el Estado, porque no se confunden con el Imperio y la sociedad romana, que les acusa de indiferencia y falta de civismo, aunque ellos, que rechazan en bloque el paganismo, preconizan una lealtad sin quiebra a Estado.

La opinión popular les molesta cuando aparece algún grave acontecimiento o catástrofe; sospecha de quien se distingue por su conducta, que atribuye a desprecio o disimulo, o al que se aísla, por ejemplo de las fiestas. Sus reuniones les hacen creer en actos caníbales y licenciosos. A unos se les reprocha su prosperidad y a otros su desidia y no se hacen distinciones entre los fieles y los herejes, como los de sectas apocalípticas. En general, las detenciones y persecuciones están en relación directa con las amenazas sobre el imperio, muy numerosas en época de Marco Aurelio: durante siglos son los responsables de las desgracias del Imperio.

La Iglesia se ve amenazada interiormente por las herejías, empezando por el gnosticismo, y en el exterior también tiene que hacer frente a los ataques intelectuales.

- ✓ El emperador Marco Aurelio, estoico, choca con el Cristianismo porque sigue fiel a las instituciones religiosas del Imperio.
- ✓ Luciano de Samosata con su espíritu burlón no pasa de un análisis superficial.
- ✓ Celso ataca la doctrina y el comportamiento cristianos: su racionalismo le hace confundirlo con las religiones místicas orientales y rechazar la Encarnación, que le parece absurda, acusando a la nueva fe de romper la armonía del cosmos. No sabe captar el ansia contemporánea de salvación, que va contra su determinismo filosófico. Le parece una doctrina bárbara para gente iletrada. Ataca su falta de civismo por no jurar al emperador y no participar en los cultos ciudadanos. Se recrea en las polémicas internas y en los mutuos anatemas y rechaza por absurda la esperanza martirial en la resurrección Su defensa no es de una religión sino de una civilización: mira al cristianismo de refilón y no se da cuenta de su mensaje profundo. En definitiva, la reacción pagana es una confesión del fin de una civilización.

EL ROSTRO DE LA IGLESIA

Existe la Iglesia y las iglesias, comunidades urbanas, ligadas a la Iglesia madre de Jerusalén y que se reúne en casas particulares (en Roma por grupos étnicos o lenguas), que son las células madres para la predicación y la reunión de las familias. Cuando el número es más elevado, se alquilará una casa, cuyo propietario la suele ceder a la comunidad. El huésped responsable de la reunión se convierte en el jefe de la comunidad.

Al morir los apóstoles las comunidades son encabezadas por jefes que transmiten los relatos y enseñanzas evangélicas. Unas, de origen judío, son colegiales (presbíteros), otras, de origen pagano, cuentan con un binomio (obispo-diacono); ambos tipos se unifican en el s. II. Los predicadores itinerantes desaparecen en el s. II. Lo más normal es elegir al obispo entre el colegio presbiteral. Los obispos reciben su nombre de la administración civil, el cual, sinónimo de presbítero durante un tiempo, se va imponiendo para designar la autoridad monárquica, que en Asia está generalizada en época de san Ignacio, y que tardó más en otros lugares, parece que con resistencias. En Oriente se prefiere que sea rico, para ayudar a la comunidad. Habitualmente está casado y es de edad madura. Su elección comunitaria es ratificada por los obispos de la zona. Ha de conjugar las virtudes morales con el conocimiento de la Escritura y el celo por la doctrina. Los sacerdotes le asisten y pueden sustituirle en las funciones litúrgicas. Los diaconos, jóvenes, son la mano activa de los obispos. Su acción es social, como responsable de los pobres, enfermos, viudas y huérfanos. En Oriente las diaconisas ayudan en el bautismo de las mujeres y las visitan.

En las comunidades hay un fervor místico, con abundantes carismas que mantienen el fervor inicial y alimentan la vocación a la continencia y el deseo martirial. Esta efervescencia produce desviaciones, como el montanismo y falsos profetas, que, a veces, seducen a comunidades enteras, con ideas milenaristas y la práctica de un ascetismo riguroso que podía llevar a la soberbia y provocar tensiones internas en las comunidades, siendo tarea del obispo discernir y promover la moderación.

Estas comunidades tienen conciencia de formar una unidad y de su catolicidad por su mensaje y misión, que está abierto a todos. Los cristianos se visitan e informan mutuamente mediante cartas que estimulan la perseverancia, aunque a veces surjan discrepancias como la manera de tratar a los lapsos. A fines del s. II aparecen los sínodos de obispos para tratar problemas comunes como el montanismo y la controversia pascual. La evangelización respeta los pueblos expresándose en su lengua propia. Oriente está más cristianizado que Occidente y goza de más iniciativa litúrgica, frente a la uniformización latina de Roma y Cartago.

Roma es la capital del Imperio y su iglesia pronto es reconocida como la más importante, en función del martirio de san Pedro y san Pablo, pero su primacía va siendo reconocida lentamente. A fines del s. I. san. Clemente interviene en la crisis de la iglesia de Corinto. Se asume la doctrina de Roma en la fecha de la Pascua

El paganismo admira la fraternidad cristiana., que se expresa en la familiaridad del trato y en la atención a las viudas y huérfanos, en la que se cuida en especial a los hijos de los mártires y que se manifiesta también en la sepultura de los difuntos. El responsable último de su atención es el obispo, ayudado por el diácono. Los presos eran visitados en la cárcel y se procura su rescate, y se preocupan por los condenados a trabajos forzados, los encarcelados por deudas, los apresados por los piratas... Roma destaca por el número de los asistidos y por sus recursos. Su gestión correspondía al diácono. Existía una caja, con limosnas voluntarias y ofrendas en especie y, desde el s. III, se recurre a los diezmos y primicias.

Esta vida se ejemplifica en la diversidad de sus miembros:

- San Ignacio fue obispo de Antioquía y provenía del paganismo; formado por filósofos, su mentalidad es griega. Al final de su vida sufre el martirio en Roma. Sabe amar a los hombres sin demagogia y sabe corregirlos, porque prefiere convencer. Lo que cuenta para él es encontrarse con Cristo.
- San Justino es un filósofo pagano que en su búsqueda de la verdad se convierte. Vivió en contacto con judíos, samaritanos y romanos: con él la Iglesia acogió a Platón.
- Santa Blandina es una esclava de Lyon, convertida por su dueña, y que sufrió un cruel martirio.
- San Ireneo procede de Frigia y llega a ser obispo de Lyon, destacando por su actividad teológica en defensa de la integridad de la fe contra los gnósticos.
- Santa Perpetua, mártir en Cartago, muestra como el Cristianismo penetra en las familias nobles; de formación brillante, su bautismo provoca el rechazo familiar y su perseverancia es vista como una actitud fanática por su propio padre.

EL HEROÍSMO DE LO COTIDIANO

El cristiano reparte sus días entre su familia, su trabajo y su comunidad. El día, la semana, el año tiene el ritmo de la fe, que va marcándole el camino. Al comienzo y al final del día, se recoge en oración: guarda silencio, medita la Escritura y canta un salmo. Desde el s. III existían oratorios en las casas privadas. Se rezaba de pie, con las manos levantadas. La comida también tenía un carácter religioso. Eran tres: el desayuno (excepto los miércoles y viernes), al mediodía y la cena, hacia las tres de la tarde. Esta era una comida de familia o de sociedad. Se busca la moderación y la compostura y se excluía a los paganos. Las diversiones planteaban casos de conciencia. La educación física tenía sus partidarios y sus detractores. El juego y las tabernas eran un peligro.

La cena eucarística se celebra por la mañana, cuando se reunía la comunidad. Miércoles y viernes eran días de ayuno facultativo. Esa cena es el agapé, comida de amor, que se abre con la oración y se cierra con la acción de gracias. El primer día de la semana, el día del sol, es el día cristiano de reunión para la eucaristía, en el que se conmemora la resurrección, por lo que se reza de pie y se excluye todo ayuno. El encuentro es en una casa privada con una sala amplia para la comunidad.

En Roma existían lugares de culto para la población movable y dispersa en los barrios, presididos por sacerdotes. Desde el s. II hay iglesias ya construidas para el culto. La asamblea está dirigida por el obispo o su delegado y es ayudado por los diáconos. En Oriente algunos días hay liturgia de la palabra sin eucaristía. Se leía el Antiguo Testamento y los Evangelios así como obras no canónicas. Se cantan los salmos y hay una predicación según la idiosincrasia de los fieles. La oración común expresaba la unidad y la catolicidad, por las preocupaciones de la Iglesia y del mundo. La fraternidad se expresa en el beso de la paz y en la ofrenda. Se consagra y se comulga el pan y vino eucarísticos, que los diáconos llevan a los ausentes.

La liturgia gira en torno a la Resurrección, pero hubo una gran controversia sobre la fecha de Pascua entre Asia (el 14 de Nisán, el plenilunio de primavera, con independencia del día en que cayese) y Roma (el domingo siguiente). Había un ayuno previo y una gran vigilia, con la lectura del Éxodo.

La conversión implicaba un cambio de vida y de religión, que provocaba una ruptura y aislaba al cristiano de su entorno y de su familia pagana. No era fácil ser recibido como catecúmeno. La comunidad cristiana tomaba sus precauciones y se les instruye en un largo aprendizaje, el catecumenado, que se adapta a la vida y a las circunstancias, en el que la catequesis sobre las verdades de la fe y de la oración del Señor, acompañada de oración y de ayuno.

Confesarse cristiano es colocarse al margen de la sociedad y en conflicto con el entorno. La decisión es irrevocable, es un juramento de fidelidad. Ayuno y oración preparaban el momento del bautismo, que seguramente se hacía en domingo, ya sea cerca de un río o orillas del mar o en las casas, en salas de baño con piscina -los baptisterios-. El ritual pone de relieve el simbolismo del agua y los bautizados eran revestidos de una vestidura blanca y adornados con coronas. La iniciación cristiana culmina con la eucaristía.

El nuevo cristiano reanuda su vida diaria. La mayoría son padres de familia, pero también hay vírgenes y ascetas, cuya renuncia a la sexualidad contrasta con judíos y el mundo romano, que imponía el matrimonio pero no la continencia ni la fidelidad, porque el Evangelio introduce las exigencias de una moral nueva. El matrimonio adquiere aspectos nuevos: santidad, indisolubilidad, libertad de elegir como opción de vida, obligación de respetar la castidad según el estadio propio, posibilidad abierta a todos, incluso los esclavos. Se adaptaban a las costumbres locales, excepto en lo que sonaba a idolatría y se ponía cuidado en que los gastos fueran más discretos.

El matrimonio continuaba la obra de la Creación y los hijos eran la felicidad de los padres. La Iglesia condena tanto el rechazo del matrimonio y a las relaciones sexuales y también el libertinaje y las costumbres paganas: la contracepción, el aborto, la exposición de los niños. La familia es la célula de la Iglesia, cuya cabeza es el padre, cuya autoridad ha de estar templada por el afecto, en la que la madre influye mucho y en la que los niños son valorados. En ella los padres son también educadores en la fe, al mismo tiempo que se valora la instrucción y la cultura.

Ante la debilidad se acude a la oración, el ayuno y la limosna. Se sabe la necesidad de la conversión y también del perdón de los pecados posteriores al bautismo, aunque situaciones como la de los apóstatas penitentes lleva a actitudes rigoristas.

La actitud ante la muerte chocaba al pagano. El mártir es el cristiano ejemplar, aunque la mayoría de los cristianos morían en sus lechos. Los enfermos habían sido atendidos por los diáconos y las viudas. La comunidad vela por el entierro de los pobres y de los que carecen de familia. Se siguen las costumbres decada pueblo, aunque se evita poner el óbolo en la boca del muerto y la costumbre de coronarlo. No se adopta la cremación por respeto a la resurrección de los cuerpos. A partir del s. III se dispondrá de cementerios propios. Por los muertos se celebra eucaristía en su aniversario y también banquetes. Del culto a los muertos surge el de los mártires en el día de su muerte.

CONCLUSIÓN

Los cristianos de los primeros siglos se encontraron ante una doble realidad: el Evangelio y la vida cotidiana. Las formas de evadir lo cotidiano son múltiples y sutiles. Es elocuente la floración de escritos apocalípticos, que contrastan con la sobriedad del Evangelio, porque un sector del Cristianismo pretendió colmar los silencios de la Escritura. Hay en los evangelios apócrifos una fe que tiende a la credulidad, por el deseo de concretar la revolución cósmica expresada por la resurrección. El éxito del montanismo se debe indudablemente a la promesa de una parusía próxima, a la reducción de la espera y delo desconocido.

Los paganos denuncian esta tentación de evasión, el gusto por lo trágico o el impulso de la muerte. La Iglesia se ve obligada a templar el celo de los temerarios. Otros reducen la fe a una gnosis o una seguridad en lo eterno, que la deja vacía y sin sentido. Pierden la vista que la fe consiste en enfrentarse con lo cotidiano.

La gran mayoría, como San Cipriano, vivió el heroísmo de lo cotidiano y la tensión creadora de la fidelidad creadora. Aquel se realiza en la familia, en su profesión, en la ciudad y consiste en la inserción de la propia libertad en un plan regido por Dios: en la tensión entre lo cotidiano y la promesa, construye de forma duradera en la medida en que aspira ver a Dios salir a su encuentro.

(Resumen del libro de Adalbert G. HAMMAN, *La vida cotidiana de los primeros cristianos*, Madrid, Palabra, 2002, 7ª ed.)